ACTO DE INVESTIDURA DE HELIODORO CARPINTERO CAPELL COMO "DOCTOR HONORIS CAUSA"

DISCURSO DEL RECTOR

El Claustro de la Universidad de Málaga acaba de recibir al Profesor Heliodoro Carpintero como Doctor Honoris Causa. El más alto grado de la Academia que, más allá de los símbolos, refleja la gratitud y el reconocimiento de una institución que se mira a sí misma en quien es su referente, un reflejo recíproco de los valores de la Ciencia y del Conocimiento.

Porque para nosotros el Profesor Carpintero representa los valores éticos, científicos y humanos del docente, del investigador, del hombre que ha dedicado su vida a la Universidad Pública, enriqueciéndola y ensanchando sus horizontes. Los valores de un filósofo que se acercó a la Psicología con amplitud de miras, considerando a una y a otra como dos caras de una misma moneda; en la certeza de que todo proceso psicológico se encuentra necesariamente unido a una reflexión filosófica, y que al final lo que importa es el conocimiento de la persona.

Tal vez una alegoría, tal vez algo más que una feliz coincidencia: el profesor Carpintero fue a impulsar la Facultad de Psicología en la tierra de Juan Luis Vives, el padre de esta disciplina, que ya en el siglo XVI puso en relación las ideas, habló por primera vez del sentido común y a la vez se comprometió con los necesitados.

Para Juan Luis Vives el ser humano ya no aparece encadenado a su destino, sino dotado con potencialidad para cambiar el mundo. Una visión que está en la esencia misma de la Universidad. La posibilidad de cambiar el mundo desde el conocimiento; desde la investigación que permite una visión rigurosa y científica de la subjetividad humana.

La Universidad Pública es una perfecta síntesis entre la historia y los valores, entre la reflexión y el conocimiento, entre el rigor y la generosidad. Fue el maestro Ortega y Gasset quien

acuñó el concepto de “altruismo intelectual”. Una virtud, afirmaba, que poseen quienes hacen peregrinar su inteligencia hacia el corazón mismo de las cosas, quienes logran transmutarse en el prójimo para entender toda su complejidad. Altruismo intelectual es, pues, un salir del propio recinto para habitar el recinto del otro. Emigrar a vidas ajenas para comprenderlas en un ejercicio de convivencia y también de pensamiento. El ser humano como centro de todo.
Uno de los compromisos esenciales de la Universidad Pública es devolver a la sociedad a los hombres y a las mujeres que confían en nosotros convertidos en ciudadanos libres, con espíritu crítico, ciudadanos formados en valores, con capacidad para cambiar la sociedad y hacerla mejor.

Hombres y mujeres que se enfrentan a una realidad compleja, y a veces hostil; a un mundo en crisis de valores donde tienen cabida el acoso, la violencia y la desigualdad. Una sociedad a menudo desequilibrada. Es en este medio adverso en el que la Psicología se aparece como algo necesario. Una herramienta para entender el mundo y entender a las personas. Ése es su horizonte y sobre todo su reto. Comprometerse con la realidad en la que se vive con los problemas, con las emociones. Hacer comprender que el destino no está escrito en las estrellas, sino que está en cada uno. O, utilizando una expresión del profesor Carpintero, trabajar por el respeto a la dignidad de las personas y por la dignidad de los pueblos. Tal vez, parafraseando una expresión orteguiana, sea ese “el tema de nuestro tiempo”. Y tal vez la mejor manera de comprender a la Filosofía y a la Psicología como caras de una misma moneda sea, como ha hecho el profesor Carpintero, contemplarlas ambas en su historia: saber por qué algunos hombres, colocados frente a su propia circunstancia, tuvieron que reflexionar de una forma y no de otra. Saber por qué se hicieron determinadas preguntas buscando el sentido de la vida.

La Psicología es ese territorio intelectual en el que confluyen las Humanidades, las Ciencias Sociales y las Ciencias de la Salud, por tanto, la vocación y la entrega son requisitos aún más necesarios. Si Julián Marías, el gran discípulo de Ortega, estuviese ahora con nosotros, reconocería en su querido Heliodoro Carpintero la idea misma de vocación, la vocación como destino que *no se elige*, sino que uno *elige hacerlo suyo* como forma suprema de aceptación.

La historia de las civilizaciones es un conglomerado de geografía, estructura social, economía y personas, sobre todo de personas. Y por ello es también una historia de mentalidades. Porque es la mentalidad colectiva la que define la sociedad, la que marca actitudes y establece prejuicios. Es más que un simple accidente de las circunstancias históricas y sociales de un periodo; es algo que viene del inconsciente de la historia, de antiguas creencias, de miedos larvados en la memoria que se transmiten de generación en generación. Las reacciones de una sociedad ante sucesos imprevistos, ante adversidades que hay que enfrentar, no siempre son producto de reacciones lógicas, son casi una compulsión que emerge del inconsciente colectivo. El cerebro humano no opera con la frialdad de un ordenador. El motor afectivo de la conducta humana que son las emociones, nunca ha dejado de actuar en la historia. Emociones que dictan el sentimiento, emociones que dictan el resentimiento. La historia de nuestro continente, incluso la de ahora, es una buena muestra de ello.

El ser humano no está fatalmente ligado a su destino, nada hay prefijado, nada hay escrito en las estrellas. Somos libres para cambiar el mundo desde la Universidad, desde el conocimiento y los valores éticos. Somos dueños de nuestro futuro.

Instalado en el curso del tiempo, el profesor Carpintero se ha acercado a la Historia de la Psicología, la ha escrito. Y en su altura científica ha logrado algo reservado a unos pocos elegidos: que, analizando la historia, ya haya hecho historia.

Lo decía Ortega: el hombre no es biología, es historia. También podríamos aplicarlo a la Universidad. Como suprema expresión del conocimiento, la Universidad es, entre otras cosas, historia. Pero con una salvedad: no solo es la historia de los siglos que nos precedieron. Es sobre todo la historia futura, la del mañana. La que nos queda por hacer. Y por escribir.

Gracias, Doctor Carpintero, por honrar a esta Universidad con su ciencia y sus valores. Suya seguirá siendo la palabra. Sea usted cordialmente bienvenido a la Universidad de Málaga.